

canía» muestran qué temblor nacional agita el pincel de Celia Leyton: dulces empujes primitivos se advierten en ellas; un hacer tierno; un dibujo que más que brotar de la mano, parece arrancar de algún punto solemne del corazón.

Este libro posee buenos valores informativos, valores que aparecen en las mismas láminas y en las acotaciones que Celia Leyton colocó con precisas palabras; aquí, en estas palabras, se trasluce el afecto cabal que la pintora tiene por «sus» indios: esboza la biografía de sus modelos y de sus temas, amarrando, así, tiempo y ánimo, en nudo puro de arte y de humanidad.

Las reproducciones en color señalan hondos amarillos y rojos caústicos. Nos congratulamos en señalar el óleo «Nieta de Huete Rucan» que despliega un no sé qué de optimismo y de diafanidad, retrato, a la postre, de nuestra «raza altiva», merecedora de un destino que pase por el centro de la inmensidad.

Destino es éste que los chilenos, sin excepción de faena, debemos procurar: ¡en el cotidiano quehacer por Chile es preciso justificarnos!

Cuando la turbiez de la política se empeña en rebajar la claridad del pueblo, queda a los escritores y a los pintores, a los soñadores, la defensa de nuestra Estrella popular y maltratada. Celia Leyton Vidal hace lo suyo con dignidad. De ahí nuestra adhesión a sus pinturas ejemplares.—A. S.

■

<https://doi.org/10.29393/At249-103SLMP10103>

#### SOBRE UN LIBRO DE *Luz de Viana*

Poco tiempo antes de embarcarme recibí un libro chileno que levantó en mi espíritu verdadero interés, y mientras iba leyendo con mi habitual desorden—el segundo cuento antes del primero, o el final de una novela antes del principio—fuí escribiendo también mis impresiones, primero sobre «No sirve la luna blanca», luego sobre «Ratas blancas», encontrándome con

que el cuño de la autora era tan propio, tan inconfundible, que mis comentarios podían aplicarse al total de sus cuentos. Los entrego pues como simples comentarios a un libro nuevo en tantos aspectos. Los entrego tal como me nacieron.

## NO SIRVE LA LUNA BLANCA

¿Cuento? ¿Nouvelle? ¿Marcha literaria? ¿Romanza sin palabras? ... No sabría cuál de estas definiciones adoptar, porque me parece que todas pueden aplicársele a esto que se aleja totalmente del habitual relato y tiene más bien procedimientos pictóricos y musicales, muy propios sin embargo de la moderna literatura.

Despierta en mí esta romanza—tan poco romanza, en otro sentido—despierta o renueva, las mejores impresiones que he recibido literariamente, al leer por ejemplo a Arnoux, Cocteau, Jean Vaudal. Tiene de estos autores, aunque con sello propio, con un procedimiento personal, la misma técnica de objetivación por medios indirectos, el mismo afán de sugerencia. Confieso que al primer contacto «No sirve la luna blanca» me desconcertó un poco, como sucede con toda obra trabajada en profundidad. Me pareció confusa, rara; desconectados, los cuadros. Era así el cuento, o era yo que no sabía interpretarlo? La segunda lectura vino a situarme en el preciso punto de enfoque y apareció esta especie de cuadro impresionista en toda su visión de conjunto. Había allí, sin duda, un *puntillismo literario*. Para conocer a la señora María Luisa y toda la borrasca de un episodio de su vida, no se decía cómo era ella, ni cómo fueron sucediendo los hechos: una fuerte pincelada evoca el jardín, donde lo lujurioso y exuberante queda convertido por su dueña—reflejo material de un alma que sabe dominarse—en un parque de contornos «serenos y espiritualizados»; otra pincelada, siempre en esta manera de transposición, evoca la casa y hace surgir la vida interior, de lo exterior. Y vienen otros toques: el abrir un cajón de la cómoda